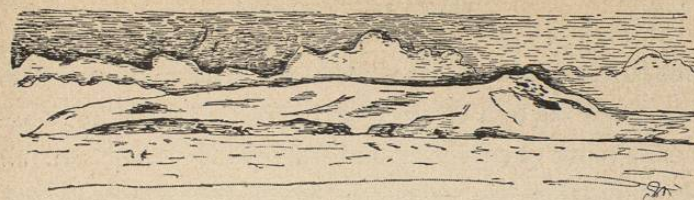


aquí, en nuestros sacos sucios y grasientos, ante una triste copa de «mezcla». Pero también hay algo que hace recordar el primero de mayo. Desempolvamos también nuestros recuerdos, y nosotros, los que fuimos estudiantes, referimos á los allí reunidos, que nos oyen con la mayor atención, todas nuestras diversiones é inocentes calaveradas del primero de mayo. Por la noche me planto yo de pie en mi saco y canto... canto á la primavera y á la alegría, canto á mi patria, que está tan lejos, allá en el norte. ¡Oh! ¡cómo sonríe allí el sol de mayo! Pero aquí abajo, en la negra obscuridad del invierno, el viento impetuoso y helado de las regiones del Polo, eternamente heladas, ruge sobre la tierra por completo cubierta de nieve. Nuestro corazón, sin embargo, está lleno de deseos y de amor.



Grupo de nubes detrás de la isla Dundée.

CAPITULO XXVII

Fallecimiento de Wennersgaard En medio del invierno

EL viento que durante el invierno reina en el Polo Antártico no es nada agradable. A pesar de todo, el frío en estas latitudes no es tan intenso como en el hemisferio Norte, pero el viento representa aquí un papel mucho más importante. El frío viene con el viento del sur, y las borrascas resuenan como estampidos de cañón al chocar contra las paredes de la choza. Las lámparas se inflaman y el techo parece á cada momento que va á desencajarse de su sitio. El frío dura semana tras semana, si bien es verdad que á veces reina alguna tregua. Estas variaciones son, empero, muy desagradables por lo extraordinariamente rápidas, pues en un par de horas puede bajar la temperatura del hielo á los 20° bajo cero. No obstante, deseábamos siempre un ratito de buen tiempo, aunque luego nos heláramos de frío. En los largos períodos invernales mirábamos el cielo infinidad de veces al día para observar si aparecían nubes detrás de la isla Dundée. La señal era segura. Si estaba nebuloso y oscuro al otro lado de los hielos de dicha isla, instantáneamente

empezaba á subir el mercurio y con terrible velocidad se nos echaba encima el viento del oeste, levantando remolinos de nieve y encerrándonos dentro de la choza. No nos intimidaba, sin embargo, aquel viento huracanado, que tenía bastante qué hacer en el mar, arrastrando el hielo al este y fuera de la costa. Es preciso tener mar libre para cuando venga «el barco» por la primavera. La lámpara salta arriba y abajo en su armazón y el techo se comba bajo el peso de los montones de nieve. La escarcha ha disminuído y las lonas están blandas y mojadas. Estamos tranquilos y contentos, pues casi hace calor dentro de la cabaña, es decir de 3 á 4° sobre cero, y nos entretenemos en jugar á las cartas. Es muy curioso observar como nuestro humor sube y baja al unísono de la columna mercurial. En noches semejantes nos gustaba estar levantados hasta algo más tarde que de ordinario, y cuando, por fin, nos decidíamos á acostarnos, podíamos congratularnos de no sentir frío en los pies y hasta permitirnos dejar abierto un verdadero ventilador para respirar. Pero ¡ah! ¡cuántas veces nos sorprendía el frío, tan terrible é intenso, que nos despertaba! Miraba entonces hacia arriba, la lámpara pendía sin movimiento alguno del armazón y el techo brillaba como si estuviese tachonado de millares de estrellitas. Y tras un largo y resignado suspiro, tiraba del ventilador, metía la cabeza bajo las mantas y me dormía otra vez.

El buen tiempo tenía sus desventajas, en particular cuando duraba varios días. El pavimento de «Karl-Johan» se reblandecía y un olor insoportable salía del montón de desperdicios en que había quedado convertido: espinas podridas de pescado, pedazos de grasa, trozos de carne, todo mezclado con fango de nieve y un agua indescrip-

tible, que formaba pequeños charcos aquí y allá. Peor aun estaban las pieles de pájaro bobo corrompidas. Para tener la cama más blanda, algunos habían colocado pieles de pingüinos bajo los sacos de dormir, y si se tocaban despedían un olor insoportable que se extendía por toda la habitación. Yo me había puesto debajo algunos harapos, y cuando entramos en la primavera estaban tan podridos que se deshacían entre los dedos. Cuando después de estar un rato al aire libre se entraba en la choza, en los primeros momentos apenas se podía respirar, tan viciada estaba la atmósfera.

Todo el tiempo disfrutamos de buena salud, lo que nos parecía muy extraño, y nos hubiésemos explicado algún desarreglo en las digestiones á consecuencia de la deficiencia de los alimentos. Ya nos sabíamos de memoria que, si alguno se ponía enfermo de cuidado, no habría probabilidad de salvación, pues el botiquín no era grande y teníamos muy pocos medicamentos en estado de poderlos emplear.

Pero no quedamos completamente libres de enfermedades y desgracias, como habíamos creído. Wennersgaard se sentía delicado ya de bastante tiempo; tan pronto como salía le daban fuertes golpes de tos y presentaba, en nuestra opinión, visibles síntomas de tuberculosis. Al poco tiempo no podía moverse, pues las piernas se le paralizaban, y nos aseguró Larsen que, además, padecía escorbuto. De día en día la enfermedad lo postraba más y más.

¡Qué significaban, sin embargo, sus padecimientos corporales, comparados con los del espíritu! ¡Cuánto debía padecer en medio de aquella suciedad y miseria,

oyendo á sus compañeros hablar de las probabilidades de nuestra liberación, de la familia y de los amigos, teniendo el convencimiento de que él quedaría allí para siempre y nunca más volvería á su patria! No olvidaré jamás el momento en que aquel pobre joven de veintiún años se persuadió de que no tenía salvación. Bien poco era lo que podíamos hacer para mitigar sus males. No podía comer ni sopa de pájaro bobo ni de foca; tenía que contentarse con cacao, sopa de jugos ó un poco de pan. A veces hacía un esfuerzo, se ponía de buen humor y conversaba con los compañeros. Así ocurrió, por ejemplo, el 17 de mayo, fiesta nacional de los noruegos, que nosotros también celebramos adornando la cabaña con la bandera sueca y noruega. Los colores de éstas, tan limpios y alegres, contrastaban de tal modo con toda aquella porquería, que yo casi me puse triste.

Habíamos leído ya todos los libros, y cada cual tenía que agotar el ingenio para divertirse y distraer á los demás. Yo también contribuí con mi grano de arena, refiriendo el «Cuento de Gösta Berlín». Afortunadamente, el auditorio que me escuchaba no era exigente, pues este episodio es difícil de contar.

Llegaba á pasos agigantados la ansiada Pascua de Pentecostés. Eramos afortunados con la temperatura, el frío cedió un poco durante unos días, y la víspera de la festividad hacía un tiempo deliciosísimo. Yo me resolví á salir hasta la hora del almuerzo, acto de energía por entonces extraordinario, pero la salida del sol me atraía.

El cielo estaba casi despejado, y el hielo aparecía de un color ceniciento. Lentamente aparecían los primeros tintes rojos sobre los hielos, los escarpados picos de la isla de Joinville se tornaron de color de rosa y entre un

pequeño claro de nubes se elevó el sol; los promontorios de hielo brillaban y resplandecían, y ríos de brillante luz se extendían más y más lejos sobre la variada superficie del mar helado. El sol era claro, pero frío, sin fuerza, y sólo durante unas cuantas horas bañaba con su luz el paisaje para desaparecer de nuevo.

Dentro de la choza todo tenía la alegría y el aspecto de un día de fiesta. Wenersgaard se sentía también algo mejor, contagiado por la general satisfacción. Los días sucesivos se puso otra vez peor. Nos causó inmensa pena verle escribir unas líneas de despedida á sus padres y hermanos. Hora tras hora durante la noche estaba allí, sentado, suspirando débilmente. Muy de tarde en tarde conseguía disfrutar de algún reposo. Si por la noche le miraba uno alguna vez—y á mí el reumatismo solía despertarme con frecuencia—siempre encontraba abiertos sus grandes ojos, resignados y tristes. Rara vez se le oía quejarse, y cuando lo hacía, era de un modo imperceptible.

Estamos en la mañana del 7 de junio. Wenersgaard había dado las buenas noches á su enfermero, Martín, con un: «Ahora dormiremos profundamente.» Y se acomodó en su postura, sentado, la única posible para él. Luego notó su vecino que lentamente iba inclinando la cabeza sobre el hombro; después se oyeron algunas respiraciones agitadas y espiró.

Todo era sombrío y triste dentro de la choza; frío, claro y silencioso fuera... La muerte, la única visita que podíamos recibir, había tendido su diestra á uno de los compañeros que durante tanto tiempo había luchado por la vida.

El cortejo salió silenciosamente. Cosido en su saco de

dormir, único ataúd que podíamos ofrecerle, lo sacamos y pusimos en uno de los botes, que estaban medio enterrados en la nieve. Un par de días después sepultamos su cadáver en un montón de nieve, y cuando llegó la primavera pudimos trasladarle á una tumba permanente.

Eramos impotentes contra las enfermedades... ¿á quién le tocaría ahora? En las actuales circunstancias necesitábamos más que nunca no acobardarnos. Había que conformarse, toda vez que esperábamos este fatal desenlace. ¡Cuán acostumbrados estábamos cada uno á las cualidades de los demás! ¡Cómo recordaba yo, y recuerdo todavía en estos momentos, la franca y alegre risa de Wenersgaard, que á los pocos días de estar juntos ya había llamado mi atención! Una risa cuyo eco llegaba al corazón de todos, que se sentía hasta el último rincón del barco, y que infinidad de veces nos había comunicado su regocijo. Lentamente nos volvimos á la choza, donde todo hablaba de muerte y abatimiento. Cuando nos reunimos esta vez éramos diecinueve nada más (*).

A grandes pasos nos acercábamos al medio del invierno.

Los días se hacían cada vez más cortos; el sol, sin fuerza, apenas había asomado por los hielos de Dundée desaparecía otra vez. Pero podíamos darnos por satisfechos con que á los demás contratiempos y penalidades no se uniera también una completa obscuridad durante todo el día.

El frío apretaba cada vez más y nos quitaba las ganas

(*) Según demostró un nuevo y concienzudo estudio, la verdadera enfermedad de Wenersgaard fué del corazón.

de hacer nada. Por este tiempo teníamos que estar un día tras otro sin salir, pues descargaban fuertes tormentas. Padecíamos hambre y frío y el tiempo pasaba con lentitud desesperante. La víspera de «el medio del invierno» tuvimos nuestro arroz con leche y un tiempo magnífico, marcando únicamente el termómetro un par de grados bajo cero. El solo pensamiento de que los días empezarían á hacerse más y más largos nos ponía de excelente humor. El día de San Juan tuvimos 0,5° C., y era imposible permanecer allí dentro, pues se respiraba una atmósfera muy cargada. Era una delicia poder estar horas enteras corriendo arriba y abajo, calzados con zapatos ligeros sin tener frío en los pies, y aunque llevábamos la gorra doblada llegábamos á sudar. El gato corría por todas partes como un loco y parecía que estaba en su elemento. ¡Verdaderamente es delicioso no sentir frío!

Así pasaban las semanas entre penas y alegrías, pareciéndonos los días muy largos y las noches interminables, en tanto que nuestro interés se concentraba principalmente en todo lo concerniente á las subsistencias. El tiempo transcurría entre tanto; desapareciendo, fríos y desagradables, los meses de julio y agosto; el sol se elevaba cada día más, la naturaleza tomaba nueva vida y llegaron por fin septiembre y octubre con sus tempestades de primavera, acudiendo á un tiempo focas y pájaros bobos.

Dios sabe lo que pasamos hasta entonces y de qué manera llegamos al día en que varamos el bote que había de llevar á Larsen, K. A. Andersson y sus acompañantes á la estación de invierno de Snow-Hill. Hicimos votos por el feliz éxito de la empresa, pues en ellos tenía-

mos puesta toda nuestra esperanza. Si perdían la vida entre los témpanos de hielo, ¿quién podría entonces averiguar que había una choza en la isla de Paulet, donde todavía quedaban una docena de hombres esperando el anhelado auxilio?